

DON QUIJOTE DE LA MANCHA



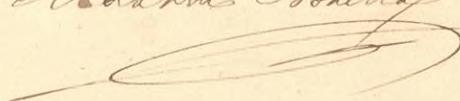
L47
3455

la paga. Mire vuestra merced señor lo que dize, dixo el muchacho: que este mi amo no es cauallero, ni ha recebido orden de caualleria alguna, que es luan Haldudo el rico, el vezino del Quintanar. Importa poco esso, respondió don Quixote, que Haldudos puede auer caualleros: quantomas, que cada vno es hijo de sus obras. Assi es verdad, dixo Andres: pero este mi amo de que obras es hijo, pues me niega mi soldada, y mi sudor, y trabajo? No niego hermano Andres, respondió el labrador, y hazedme plazer de veniros conmigo, que yo juro por todas las ordenes que de cauallerias ay en el mundo, de pagaros como tengo dicho, vn real sobre otro: y aun sahumados. Del sahumerio os hago gracia, dixo don Quixote, dadselos en reales, que con esso me contento: y mirad que lo cumplays como lo aueys jurado, sino por el mismo juramento os juro, de boluer a buscaros, y a castigaros, y que os tengo de hallar, aunque os escóndays mas que vna lagartija: y si quereys saber quien os manda esto, para quedar con mas veras obligado a cumplirlo: Sabed q̄ yo soy el valeroso don Quixote de la Mancha, el desfazedor de agravios, y sinrazones, y a Dios quedad: y no se os parta de las mientes, lo prometido, y jurado, so pena de la pena pronunciada. Y en diziendo esto, picò a su Rozinante, y en breue espacio se apartò dellos. Siguióle el labrador con los ojos, y quãdo vio que auia traspuesto del bosque, y que ya no parecia, boluióse a su criado Andres, y dixole: Venid aca hijo m o, que os quiero pagar lo que os deuo, como aquel deshazedor de agravios me dexò mandado. Esso juro yo, dixo Andres, y como que andara vuestra merced acertado, en cumplir el mandamiento de aquel buen cauallero que mil años viua: que segun es de valeroso,

B s

y de

C. Adams
Washington Bodell



Primera parte de don

y de buen juez: Vive Roque que sino me paga, q̄ buelua y execute lo que dixo. Tambien lo juro yo, dixo el labrador: pero por lo mucho que os quiero, quiero acrecentar la deuda, por acrecentar la paga. Y afiendole del braço, le tornò a atar a la enznina: donde le dio tantos açotes, que le dexò por muerto: Llamad señor Andres aora, dezia el labrador, al desfazedor de agravios, vereys como no desfaze aqueste, aunque creo q̄ no està acabado de hazer, porq̄ me viene gana de desfollaros viuo, como vos temiades: pero al fin le defató, y le dio licencia que fuesse a buscar su juez, para q̄ executasse la pronunciada sentencia. Andres se partio algo mohino, jurádo de yr a buscar al valeroso dō Quixote de la Mancha, y contalle punto por punto lo que auia passado, y que se lo auia de pagar con las setenas. Pero con todo esto, el se partio llorando, y su amo se quedò riendo. Y desta manera deshizo el agravio el valeroso don Quixote: el qual contentissimo de lo sucedido, parcciendole que auia dado felicissimo, y alto principio a sus cauallerias, con gran satisfacion de si mismo, yua caminando hàzia su aldea, diziendo a media voz: Bien te puedes llamar dichosa sobre quantas oy viuen en la tierra. O sobre las bellas, bella Dulzinea del Toboso, pues te cupo en suerte, tener sujeto, y rendido a toda tu voluntad, è talante, a vn tan valiente, y tan nombrado cauallero, como lo es, y sera don Quixote de la Mancha. El qual (como todo el mundo sabe) ayer rescibio la orden de caualleria, y oy ha defecho el mayor tuerto y agrauio, que formò la sinrazon, y cometio la crueldad. Oy quitò el latigo de la mano, a aquel despiadado enemigo, que tan sin ocasion vapulaua a aquel delicado infante. En esto llegó

avn camino que en quatro se dividia. Y luego se le vino a la imaginacion las encruzexadas donde los caualleros andantes se ponian a pensar qual camino de aquellos tomarian: y por imitarlos estubo vn rato quedo, y al cabo de auerlo muy bien pensado, soltò la rienda a Rozinante, dexando a la voluntad del rozin la suya, el qual siguió su primer intento, que fue el yrse camino de su caualleriza. Y auiendo andado como dos millas, descubrió don Quixote vn grande tropel de gente, que como despues se supo, eran vnos mercaderes Toledanos, que yuán a comprar seda a Murcia. Eran seys, y venian con sus quitasoles, con otros quatro criados acauallo, y tres moços de mulas a pie. A penas los diuísò don Quixote, quando se imaginó ser cosa de nueua auentura. Y por imitar en todo, quanto a el le parecia possible, los passos que auia leydo en sus libros, le pareció venir alli de molde vno que pensaua hazer. Y así con gentil continente, y denuedo se afirmó bien en los estribos, apreto la lança, llegó la adarga al pecho: y puesto en la mitad del camino, estubo esperando que aquellos caualleros andantes llegassen, que ya el por tales los tenia y juzgaua: y quando llegaron a trecho que se pudieron ver, y oyr, levantò don Quixote la voz, y con ademan arrogante, dixo: Todo el mundo se tenga, si todo el mundo no confessa, que no ay en el mundo todo, donzella mas hermosa que la Emperatriz de la Mancha, la simpár Dulzinea del Toboso. Pararése los mercaderes al son destas razones, y a ver la estraña figura del que las dezia: y por la figura, y por las razones, luego echaró de ver la locura de su dueño, mas quisieron ver de espacio, en que paraua aquella confesion que se les pedia:

y vno

Tercera parte de don

y vno dellos que era vn poco burlo, y muy mucho discreto, le dixo: Señor cauallero, nosotros no conocemos quien sea essa buena señora que dezis, mostradnosla, que si ella fuere de tanta hermosura como significays, de buena gana, y sin apremio alguno cōfessaremos la verdad, que por parte vuestra nos es pedida. Si os la mostrara, replicò don Quixote, que hizierades vosotros en confessar vna verdad tan notoria: la importancia està, en que sin verla lo auéis de creer, confessar, afirmar, jurar, y defender: donde no conmigo soy en batalla, gente descomunal, y soberuia. Que aora vengays vno a vno (como pide la ordē de caualleria) ora todos juntos, como es costūbre, y mala vsança de losde vuestra ralea, aqui os aguardo y espero, confiado en la razon que de mi parte tengo. Señor cauallero, replicò el mercader, suplico a vuestra merced, en nombre de todos estos principes que aqui estamos, q̄ porque no encarguemos nuestras conciencias, confessando vna cosa por nosotros jamas vista, ni oyda, y mas siendo tan en perjuizio de las Emperatrices, y Reynas del Alcarria, y Estremadura, que vuestra merced sea seruido de mostrarnos algun retrato de essa señora, aūque sea tamaño como vn grano de trigo, que por el hilo se facarà el ouillo, y quedaremos con esto satisfechos, y seguros, y vuestra merced quedará contento y pagado: y aun creo que estamos ya tan de su parte, que aunque su retrato nos muestre, que es tuerta de vn ojo, y que del otro le mana bermellon, y piedra azufre, cōto lo ello por complazer a vuestra merced, diremos en su fauor todo lo que quisiere. No le mana, canalla infame, respondió don Quixote encendido en colera, no le mana digo esso q̄ dezis, sino ambar, y algalia entre algodones: y no es tuerta, ni corcoba-

cobada, sino mas derecha q vn huso de Guadarrama: pero vosotros pagareys la grãde blasfemia que auays dicho, contra tamaña beldad, como es la de mi señora. Y en diziendo esto, arremetio có la lança baxa, cótra el que lo auia dicho, con tanta furia, y enojo, que si la buena suerte no hiziera, que en la mitad del camino tropeçara, y cayera Rozinante, lo passara mal el atreuido mercader. Cayò Rozinante, y fue rodando su amo vna buena pieça por el campo, y queriendose levantar, jamas pudo: tal embaraço le causauan la lança, adarga, espuelas, y zelada, cõn el peso de las antiguas armas. Y entre tanto q̄ pugnaua por levantarse, y no podia, estaua diziendo: Non fuyais gente cõbarde, gente cautiua: atended que no por culpa mia, sino de mi cauallo, estoy aqui tendido. Vn moço de mulas, de los que alli venian, que no deuia de ser muy bien intencionado, oyendo dezir al pobre caydò tantas arrogancias: no lo pudo sufrir, sin darle la respuesta en las costillas. Y llegando a el, tomò la lança, y despues de auerla hecho pedaços, con vno dellos començò a dar a nuestro don Quixote tãtos palos, que a despecho, y pesar de sus armas, le molio como çibera. Dauanle voces sus amos, que no le diesse tanto, y que le dexasse: pero estaua ya el moço picado, y no quiso dexar el juego, hasta enbidar todo el resto de su colera: y acudiendo por los demas troços de la lança, los acabò de deshazer sobre el miserable caydo, que con toda aquella tãpestad de palos que sobre el via, no cerraua la boca, amenazando al cielo y a la tierra, y a los Malandrines, que tal le parecian. Causole el moço, y los mercaderes siguieron su camino, llevando que contar en todo el, del pobre apaleado. El qual despues que se vio solo, tornò a prouar si podia leuãtarse: pero sino lo pudo
hazer

Primera parte de don

hazer quando lano, y bueno, como lo haria molido, y casi deshecho: y aun se tenia por dichoso, pareciendole que aquella era propia desgracia de caualleros andantes, y toda la atribuia a la falta de su cauallo, y no era posible leuantarse, segun tenia brumado todo el cuerpo.

Cap.V. Donde se prosigue la narracion de la desgracia de nuestro cauallero.

Miendo pues que en efeto no podia menearse, acordò de acogerse a su ordinario remedio, que era pésar en algun passo de sus libros, y truxole su locura a la memoria, aquel de Valdouinos, y del Marques de Mantua, quando Carloto le dexò herido en la montiña, historia sabida de los niños, no ignorada de los moços, celebrada, y aun creyda de los viejos: y con todo esto, no mas verdadera q los milagros de Mahoma. Esta pues le parecio a el que le venia de molde para el passo en que se hallaua: y assi çon muestras de grande sentimiçto, se començò a bolcar por la tierra, y a dezir con debilitado aliento, lo mesmo que dizê dezia el herido cauallero del bosque. Donde estas señora mia que no te duele mi mal? o no lo sabes señora, o eres falsa, y desleal. Y desta manera fue prosiguiendo el romance, hasta aquellos versos que dizen: O noble Marques de Mantua, mi tio y señor carnal. Y quiso la suerte, que quando llegò a este verso, acerto a passar por alli, vn labrador de su mesmo lugar, y vezino suyo, que venia de llevar vna carga de trigo al molino: el qual viendo aquel hombre alli tendido, se llegò a el, y le preguntò

guntò que quien era, y que mal sentia, que tan tristemente se quexaua? Don Quixote, creyo sin duda, que aquel era el Marques de Mantua su tio, y assi no le respondió otra cosa, sino fue proseguir en su romance, donde le daua cuenta de su desgracia, y de los amores del hijo del Emperante con su esposa: todo de la mesma manera que el romance lo canta. El labrador estava admirado, oyendo aquellos disparates y quitandole la visera, que ya estava hecha pedaços de los palos, le limpio el rostro, que le tenia cubierto de poluo. Y apenas le huuo limpiado, quando le conocio, y le dixo: Señor Quixana (que assi se deuia de llamar quando el tenía juyzio, y no auia passado de hidalgo fofsegado, a cauallero andante) quien a puesto a vuestra merced desta suerte: pero el seguia con su romance a quanto le preguntaua. Viendo esto el buen hombre, lo mejor que pudo, le quitò el peto, y espaldas, para ver si tenia alguna herida: pero no vio sangre, ni señal alguna. Procurò leuantarle del suelo, y no con poco trabajo, le subio sobre su jumento por parecercaualleria mas fofsegada. Recogio las armas, hasta las astillas de la lança, y liolas sobre Rozinante, al qual tomó de la rienda, y del cabestro al asno, y se encaminò hàzia su pueblo, bien pensatiuo de oyr los disparates que don Quixote dezia: y no menos yua don Quixote, que de puro molido, y quebrantado no se podia tener sobre el borrico, y de quando en quando daua vnos suspiros que los ponía en el cielo, de modo que de nueuo obligò a que el labrador le preguntasse, le dixesse, que mal sentia: y no parece sino que el diablo le traía a la memoria, los cuentos acomodados a sus successos: porque en aquel punto,

Primera parte de don

punto, olvidandose de Valdouinos, se acordo del Moro Abindarraez, quando el Alcayde de Antequera, Rodrigo de Naruaez le prendio, y lleuò cautiuo a su Alcaydia. De suerte, que quando el labrador le boluio a preguntar que como estaua, y que sentia, le respondió las mesmas palabras, y razones, q̄ el cautiuo Abenzerrage respondia a Rodrigo de Naruaez, del mesmo modo que el auia leydo la historia en la Diana de Iorge de Montemayor donde se escriue: aprouechándose della tan a proposito, que el labrador se yua dando al diablo, de oyr tanta maquina de necedades. Por donde conocio q̄ su vezino estaua loco, y dauale priesa a llegar al pueblo, por escusar el enfado, que dō Quixote le cauaua con su larga arēga. Al cabo de lo qual dixo: Sepa vuestra merced, señor dō Rodrigo de Naruaez, que esta hermosa Xarifa que he dicho, es aora la linda Dulzinea del Toboso, por quien yo he hecho, hago, y hare, los mas famosos hechos de cauallerias que se han visto, vean, ni veran en el mundo. A esto respondió el labrador: Mire vuestra merced, señor, peccador de mi, que yo no soy don Rodrigo de Naruaez, ni el Marquez de Mantua, sino Pedro Alonso su vezino: ni vuestra merced es Valdouinos, ni Abindarraez, sino el honrado hidalgo del señor Quixana: Yo se que soy; respondió don Quixote, y se que puedo ser, no solo los que he dicho, sino todos los doze Pares de Francia, y aun todos los nueue de la Fama, pues a todas las hazañas que ellos todos juntos, y cada vno por si hizieron, se auentajaran las mias. En estas platicas, y en otras semejantes, llegaron al lugar, a la hora que anochezia: pero el labrador aguardò a que fuesse algo mas noche, porque no viesse al molido hidalgo tan mal cauallero. Llegada pues la hora que le parecio, entrò

entrò en el pueblo, y en la casa de don Quixote, la qual hallò toda alborotada: y estauan en ella el cura, y el barbero del lugar, que eran grandes amigos de don Quixote, que estaua diziendoles su ama a voces: Que le parece a vuestra merced, señor Licenciado Pero Perez (que assi se llamaua el cura) de la desgracia de mi señor: tres dias ha que no parecè, el ni el rozin, ni la adarga, ni la lança, ni las armas: desuéturada de mi, que me doy a entender, y assi es ello la verdad, como naci para morir, que estos malditos libros de cauallerias que el tiene, y suele leer tan de ordinario, le han buelto el juyzio: q̄ aora me acuerdo auerle oydo dezir muchas vezes hablando entresi, que queria hazerse cauallero andãte, è yrse a buscar las auenturas por estos mundos. Encomendados sean a Satanas, y a Barrabas tales libros, que assi han echado a perder el mas delicado entendimiento que auia en toda la Mancha. La sobrina dezia lo mesmo, y aun dezia mas: Sepa señor Maese Nicolas (que este era el nombre del barbero) que muchas vezes le acontecio a mi señor xio, estar se leyendo en estos desalmados libros de desueltas dos dias con sus noches, al cabo de los quales, arrojaua el libro de las manos, y poniamano a la espada, y andaua a cuchilladas con las paredes, y quando estaua muy cansado, dezia que auia muerto a quatro Gigantes como quatro torres; y el sudor que sudaua del cansancio, dezia que era sangre de las feridas que auia recebido en la batalla, y beuiasse luego vn gran jarro de agua fria, y quedaua sano y sossegado, diziendo que aquella agua, era vna preciosissima beuida que le auia traydo

Primera parte de don

el sabio Esquife, vn grande encantador y amigo
fuyo: mas yo me tengo la culpa de todo, que no auifé a vuestras mercedes de los disparates de mi señor tio, para que lo remediaron antes de llegar a lo que ha llegado, y quemaran todos estos descomulgados libros, que tiene muchos, que bien merecen ser abrafados, como si fuessen de herejes. Esto digo yo tambien, dixo el cura, y afee. que no se pafese el dia de mañana, sin que dellos no se haga acto publico, y sean condenados al fuego, porque no den ocasion a quien los leyere, de hazer lo que mi buen amigo deue de auer hecho. Todo esto estauan oyendo el labrador, y don Quixote, con que acabò de entender el labrador la enfermedad de su vezino, y asi començò a dezir a voces: Abran vuestras mercedes al señor Valdouinos, y al señor Marques de Mantua que viene mal ferido, y al señor Moro Abindarraez, que trae cautiuo el valeroso Rodrigo de Naruaez Alcayde de Antequera. A estas voces salieron todos, y como conocieron los vnos a su amigo, las otras a su amo y tio, que aun no se auia apeado del jumento, porque no podia. Corrieron a abraçarle, el dixo: Tenganse todos, que vengo mal ferido por la culpa de mi cavallo: Lleuenme a mi lecho, y llamefe, si fuere posible, a la sabia Vrganda, que cure y cate de mis heridas. Mirà en hora maça, dixo a este punto el ama, si me dezia a mi bien mi coraçon, del pie que coxeaua mi señor: Suba vuestra merced en buen hora, que sin que venga esta vrgada le sabremos aqui curar. Malditos digo sean otra vez, y otras ciento, estos libros de cauallerias, que tal han parado a
vuef-

nuestra merced. Lleuanrole luego a la cama, y catandole las feridas, no le hallaron ninguna: y el dixo que todo era molimiento, por auer dado vna gran cayda con Rozinante su cauallo, combaziendose con diez Iayanes, los mas desafortados, y atreuidos, que se pudieran fallar en gran parte de la tierra. Tata, dixo el cura, Iayanes ay en la dança: Para mi santiguada que yo los quemé mañana antes que llegue la noche Hizieronle a don Quixote mil preguntas, y a ninguna quiso responder otra cosa, sino que le diessen de comer, y le dexassen dormir, que era lo que mas le importaua. Hizose assi, y el cura se informò muy a la larga del labrador, del modo que auia hallado a don Quixote: el se lo contò todo, con los disparates que al hallarle, y al traerle auia dicho, que fue poner mas desseo en el Licenciado, de hazer lo que otro dia hizo, que fue llamar a su amigo el barbero Maese Nicolas, con el qual se vino a casa de don Quixote.

Cap. VI. Del donoso, y grande escrutinio que el cura, y el barbero hizieron, en la libreria de nuestro ingenioso hidalgo.

EL qual aun toda via dormia. Pidio las llaves a la sobrina del aposento, donde estauan los libros, autores del daño, y ella se las dio de muy buena gana: entraron dentro todos, y la ama con ellos, y hallaron mas de cien cuerpos de libros grandes muy

Primera parte de don

bien enquadernados, y otros pequeños: y así como el ama los vio, boluiose a salir del aposento con grã priessa, y tornò luego con vna escudilla de agua bendita, y vn hisopo, y dixo: Tome vuestra merced señor Licenciado, rozie este aposento, no estè aqui algun encantador de los muchos que tienen estos libros y nos encanten, en pena de las que les queremos dar, echandolos del mundo. Causo risa al Licenciado, la simplicidad del ama, y mandò al barbero que le fuesse dando de aquellos libros vno a vno, para ver de que tratauan, pues podia ser hallar algunos que no mereciessen castigo de fuego. No, dixo la sobrina, no ay para que perdonar a ninguno, porque todos han sido los dañadores: mejor serà arrojarlos por las ventanas al patio, y hazer vn rintero dellos, y pegarles fuego, y sino llevarlos al corral, y alli se hara la hoguera, y no ofenderà el humo. Lo mismo dixo el ama, tal era la gana que las dos tenian, de la muerte de aquellos inocentes, mas el cura no vino en ello, sin primero leer si quiera los títulos. Y el primero que Macse Nicolas le dio en las manos, fue los quatro de Amadis de Gaula, y dixo el cura: Parece cosa de misterio esta, porque segun he oydo dezir, este libro fue el primero de cauallerias que se imprimio en España, y todos los demas han tomado principio y origen deste: y así me parece, que como a dogmatizador de vna secta tan mala, le deuemos sin escusa alguna condenar al fuego. No señor, dixo el barbero, que tambien he oydo dezir, que es el mejor de todos los libros que de este genero se han compuesto, y así como a vnico
en su

en su arte, se deve perdonar. Así es verdad, dixo el cura, y por effarazon se le otorga la vida por aora. Veamos essotto que està junto a el. Es, dixo el barbero, las Sergas de Esplandian, hijo legitimo de Amadis de Gaula. Pues en verdad, dixo el cura, que nó le ha de valer al hijo la bondad del padre: Tomad señora ama abrid essa ventana, y echáde al corral, y dè principio al monton de la hoguera que se ha de hazer. Hizo lo así el ama con mucho contento, y el bueno de Esplandian fue bolando al corral, esperando con toda paciencia el fuego que le amenazava. Adelante, dixo el cura. Este que viene, dixo el barbero, es Amadis de Grecia: y aun todos los deste lado, a lo que creo, son del mesmo linage de Amadis: Pues vayan todos al corral, dixo el cura, que a trueco de quemar a la Reyna Pintiquiniestra, y al pastor Darinel, y a sus Eglogas, y a las endiabladas y rebuechtas razones de su autor, quemarè con ellos al padre que me engendrò, si anduniera en figura de caballero ardante: De esse parecer soy yo, dixo el barbero, y aú yo, añadió la sobrina. Pues así es, dixo el ama: Vengan, y al corral con ellos. Dieróscelos, que eran muchos, y ella ahorrò la escalera, y dio có ellos por la ventana abaxo. Quien es esse tonel, dixo el cura? Este es, respondió el barbero, don Olivante de Iaura. El autor de esse libro, dixo el cura, fue el mesmo que compuso a Sardin de flores, y en verdad que no sepa determinar, qual de los dos libros es mas verdadero, o por dezir mejor, menos mentiroso: Solo se dezir, que esse yrà al corral, por disparatado, y arrogante. Este que se sigue, es Florimorte de Hircania, dixo el barbero. Ay està el señor Florimorte,

Primera parte de don

replicò el cura: Pues a fe que ha de parar presto en el corral, a pesar de su estraño nacimiento, y sonadas aventuras, que no da lugar a otra cosa la dureza y sequedad de su estilo. Al corral con el, y con esotro, señora ama. Que me plaze señor mío, respòdia ella: y cò mucha alegría executaua lo que le era mandado. Este es el cauallero Platir, dixo el barbero. Antiguo libro es esse, dixo el cura, y no hallo en el cosa que merezca venia: Acompañe a los demas su replica, y assi fue hecho. Abriose otro libro, y vierò que tenia por titulo, el Cauallero de la Cruz. Por nõbre tan santo como este libro tiene, se podia perdonar su ignorancia, mas tambien se suele dezir, tras la Cruz està el diablo, vaya al fuego. Tomando el barbero otro libro, dixo: Este es Espejo de cavallerias. Yã conozco a su merced, dixo el cura, ay anda el señor Reynaldos de Montaluan, con sus amigos, y compañeros, mas ladrones que Caco, y los doze Pares, cò el verdadero historiador Turpin: y en verdad que estoy por condenarlos no mas que a destierro perpetuo, si quiera porque tienen parte de la inuencion del famoso Mateo Boyardo, de donde tambien texio su tela el Christiano Poeta, Ludouico Ariosto, al qual si aqui le hallo, y q̃ habla en otra lengua que la suya, no le guardarè respeto alguno: pero si habla en su Idioma, le pondre sobre mi cabeça. Pues yo le tengo en Italiano, dixo el barbero, mas no le entiendo. Ni aun fuera bien que vos le entendierades, respondió el cura, y aqui le perdonaremos al señor Capitan, que no le huiera traydo a España, y hecho Castellano, que le quitò mucho de su natural valor. y lo mesmo haran todos aquellos,
que

que los libros de verso quisieren boluer en otra lengua, que por mucho cuydado que pongan, y habilidad que muestren, jamas llegaran al punto que ellos tienen en su primer nacimiento. Digo en efeto, que este libro, y todos los que se hallaren, que tratan de estas cosas de Francia, se echen, y depositen en vn pozo seco, hasta q̄ con mas acuerdo se vea lo que se ha de hazer dellos, ecetuado a vn Bernardo del Carpio que anda por ahi, y a otro llamado Rócesualles, que estos en llegando a mis manos, han de estar en das del ama, y dellas en las del fuego, sin remission alguna. Todo lo confirmò el barbero, y lo tuuo por bien, y por cosa muy acertada: por entender q̄ era el cura tan bué Christiano, y tan amigo de la verdad, q̄ no diria otra cosa por todas las del mundo. Y abriendo otro libro, vio q̄ era Palmerin de Oliua, y junto a el estaua otro, q̄ se llamaua Palmerin de Inglaterra. Lo qual visto por el Licéciado, dixo: Esta Oliua se haga luego raxas, y se quemee, q̄ aun no quedé de ella las cenizas: y esta Palma de Inglaterra se guarde, y se conserue, como a cosa vnica, y se haga para ello otra caxa, como la q̄ hallò Alexandro en los despojos de Dario, q̄ la diputò para guardar en ella las obras del Poeta Homero. Este libro, señor cópadre, tiene autoridad por dos cosas: la vna, porq̄ el por si es muy bueno: y la otra, porq̄ es fama q̄ le cópuso vn discreto Rey de Portugal. Todas las auenturas del castillo de Miraguarda s̄o bonissimas, vd. grãde artificio las razones cortefanas, y claras, q̄ guardã y miran el decoro del que habla, con mucha propiedad y entendimiento. Digo pues, saluo vño bué parecer (señor Maesq̄ Niçolas) q̄ este y Amadis de Gaula,

Primera parte de don

queden libres del fuego, y todos los demás, sin hazer mas cala y cata, perezcan. No señor compadre, replicò el barbero, que este que aqui tengo, es el afamado don Belianis. Pues esse, replicò el cura, con la segunda, tercera, y quarta parte, tienen necesidad de vn poco de ruybarbo, para purgar la demasiada colera suya, y es menester quitarles todo aq̃llo del castillo de la Fama, y otras impertinencias de mas importancia, para lo qual se les da terminovlramarino, y como se enmendaré, asì se usará cò ellos de misericordia, o de justicia: y entãto, tenedlos vos còpadre en vna casa, mas no los dexeyr leer a ninguno. Que me plaze, respòdio el barbero, y sin querer cansarle mas en leer libros de cauallerias, mandò al ama, q̃ tomasse todos los grandes, y diesse con ellos en el corral. No se dixo à tonta, ni a sorda, sino a quien tenia mas gana de quemallos, que de echar vna tela, por grande y delgada que fuera: y aliendo casi ocho de vna vez, los arrojò por la ventana. Por tomar muchos juntos, se le cayò vno a los pies del barbero, q̃ la tomò gana de ver de quien era, y vio que dezia: Historia del famoso cauallero Tirante el Blanco. Valame Dios, dixo el cura, dando vna gran voz, que aqui estè Tirante el Blanco: Dadmele aca compadre, que hago cuenta que he hallado en el vn teloro de contento, y vna mina de passatiempos. Aqui està don Quiriele y son de Montaluan, valeroso cauallero, y su hermano Tomas de Montaluan, y el cauallero Fonseca, con la batalla que el valiente Desdriante hizo con el Alano, y las agudezas de la donzella Plazerdemiuida, con los amores, y embustes de la viuda Reposada, y la señora Emperatriz, enamora-

morada de Ipolito su escudero. Digoos verdad, señor compadre, que por su estilo, es este el mejor libro del mundo: aquí comen los caualleros, y duermen, y mueren en sus camas, y hazen testaméto antes de su muerte: con estas cosas, de que todos los demas libros deste genero carecen. Con todo esto os digo, que merecia el que le compuso, pues no hizo tantas necedades de industria, que le echaran a galeras, por todos los dias de su vida: Lleualle a casa, y leedle, y vereys que es verdad quanto del os he dicho. Así serà, respondió el barbero: pero que hazemos destos pequeños libros que quedan? Estos dixo el cura, no deuen de ser de cauallerias, sino de Poesia. Y abriendo vno, vio que era la Diana de lorge de Montemayor, y dixo (creyêdo q̄ todos los demas eran del mesmo genero): Estos no merecen ser quemados como los demas, porque no hazen, ni haran el daño, que los de cauallerias han hecho, que son libros de entendimiento, sin perjuzio de tercero. Ay señor, dixo la sobrina, bien los puede vuestra merced mandar quemar como a los demas, porque no seria mucho, que auiendo sanado mi señor tio, de la enfermedad caualleresca, leyendo estos, se le antojasse de hazerse pastor, y andarse por los boques y prados, cantando, y tañendo: y lo que seria peor, hazerse poeta, que segun dizen, es enfermedad incurable, y pegadiza. Verdad dize esta donzella, dixo el cura, y serà bien quitarle a nuestro amigo este tropieço, y ocasion delante. Y pues comenzamos por la Diana de Montemayor, soy de parecer que no se quemé, sino que se le quite todo aquello q̄ trata de la sabia Felicia, y de la agua encantada,
y casi

Primera parte de don

y casi todos los versos mayores, y quedesele en ora buena la prosa, y la hora de ser primero en semejantes libros. Este que se sigue, dixo el barbero, es la Diana llamada, segunda del Salmantino, y este otro q̄ tiene el mesmo nombre, cuyo autor es Gil Polo. Pues la del Salmantino, respondió el cura, acópañe y acrecienta el numero de los cōdenados, al corral, y la de Gil Polo se guarde, como si fuera del mesmo Apolo: y passe adelante señor cōpadre, y demonos prissa q̄ se va haziendo tarde. Este libro es, dixo el barbero abriendo otro, los diez libros de fortuna de Ama, cōpuestos por Antonio de Lozalo Poeta Sardo. Por las ordenes q̄e recebi, dixo el cura, que desde que Apolo fue Apolo, y las Musas Musas, y los Poetas Poetas, tan gracioso, ni tan disparatado libro como esse no se ha cōpuesto, y que por su camino es el mejor, y el mas vnico de quantos deste genero han salido a la luz del mūdo: y el que no le ha leydo puede hazer cuenta que no ha leydo jamas cosa de gusto: Dadmele aca cōpadre, q̄ precio mas auerle hallado, que si me dieran vna sotana de raja de Florécia. Puso aparte con grādissimo gusto, y el barbero profingui diziédo: Estos q̄ se siguen, son el Pastor de Iberia, Ninfas de Enares, y Desengaños de zelos. Pues no ay mas que hazer, dixo el cura, sino entregarlos al brazo seglar del ama, y no se me pregunte el porque, que seria nūca acabar. Este que viene, es el Pastor de Filida. No es esse pastor, dixo el cura, sino muy discreto cortesano, guardese como joya preciosa. Este grande que aqui viene, se intitula, dixo el barbero, Tesoro de varias Poesias. Como ellas no fueran tantas, dixo el cura, fueran mas estimadas:
menes.

menesteres que este libro se escarde, y limpie de algunas baxezas q̄ entre sus grandezas tiene: guardese, porque su autor es amigo mio, y por respeto de otras mas heroycas, y leuantadas obras q̄ ha escrito. Este es, siguió el barbero, el Cácionero de Lopez Maldonado. Tábien el autor de esse libro, replicó el cura, es grãde amigo mio, y sus versos en su boca admirã a quiẽ los oye: y tal es la suauidad de la voz cõ q̄ los canta, q̄ encanta. Algo largo es en las Eglogas, pero nunca lo bueno fue mucho: guardese con los escogidos. Pero q̄ libro es esse q̄ està junto a el? La Galatea de Miguel de Cerbantes, dixo el barbero. Muchos años ha q̄ es grande amigo mio esse Cerbãtes, y se q̄ es mas versado en desdichas q̄ en versos. Su libro tiene algo de buena inuencion: propone algo, y no concluye nada: es menester esperar la segunda parte q̄ promete, quiça con la emienda alcãçarã del todo la misericordia q̄ aora se le niega, y entretanto que este se vè, tenedle recluso en v̄ra posada. Señor compadre q̄ me plaze, respondió el barbero, y aqui vienen tres todos juntos: la Auracana de don Alonso de Ercila, la Austriada de Iuan Rufo Iurado de Cordoua, y el Monserrato de Christoual de Virues, Poeta Valenciano. Todos effos tres libros, dixo el cura, son los mejores q̄ en verso heroyco, en légua Castellana estan escritos, y puedẽ cõpetir cõ los mas famosos de Italia: guardense como las mas ricas prédas de Poesia que tiene España. Cansose el cura de ver mas libros, y alsí a carga terrada, quiso q̄ todos los demas se quemassen: pero ya tenia abierto vno el barbero, q̄ se llamaua las Lagrimas de Angelica. Llorar alas yo, dixo el cura, en oyendo el nõbre,

si tal

Primera parte de don

si tal libro huuiera mandado quemar, porque su autor fue vno de los famosos Poetas del mundo, no solo de España, y fue felicissimo en la traduccion de algunas fabulas de Ouidio.

Cap.VII. De la segunda salida de nuestro buen cavallero, don Quixote de la Mancha.

EStando en esto, començò a dar voces dõ Quixote, diziendo: Aqui, aqui valerosos caualteros, aqui es menester mostrar la fuerça de vuestros valerosos braços, que los cortesanos lleuan lo mejor del torneo. Por acudir a este ruydo, y estruendo, no se passò adelante cõ el escrutinio de los demas libros q̄ quedauan: y assi se cree que fueron al fuego, sin ser vistos ni oydos, la Carolea, y Leon de España, cõ los hechos del Emperador, compuestos por dõ Luys de Auila, que sin duda deuián de estar entre los que quedauan: y quiza si el cura los viera, no passaran por tan rigurosa sentencia. Quando llegaron a don Quixote, ya el estava leuantado de la cama, y proseguia en sus voces, y en sus desatinos, dâdo cuchilladas, y reuefes a todas partes, estando tan despierto, como si nunca huuiera dormido: abraçaronse con el, y por fuerça le boluieron al lecho, y despues que huuo soffegado vn poco, boluendose a hablar con el cura, le dixò: Por cierto señor Arçobispo Turpin, que es grã mengua de los que nos llamamos doze Pares, dexar tan sin mas, ni mas, lleuar la vitoria deste torneo, a los caualteros Cortesanos, auiendo nosotros los auereros ganado el prez en los tres dias antecedetes.

Calle

Calle vuestra merced señor compadre, dixo el cura, que Dios serà seruido que la suerte se mude, y que lo que oy se pierde, se gane mañana: y atienda vuestra merced a su salud por agora, que me parece que deue de estar demasiadamente cansado, si ya no es que està mal ferido. Ferido no, dixo don Quixote, pero molido y quebrantado, no ay duda en ello, porque aquel bastardo de don Roldan, me ha molido a palos con el tróco de vna enzina, y todo de embidia, porq̃ vè que yo solo soy el opuesto de sus valétias: Mas no me llamaria yo Reynaldos de Montaluan, si en leuantandome deste lecho no me lo pagare, a pesar de todos sus encantamientos, y por agora traigãme de yantar, que se que es lo que mas me hará al caso, y quedese lo del vengar me a mi cargo. Hizieronlo ansí, dieronle de comer, y quedose otra vez dormido, y ellos admirados de su locura. Aquella noche quemò, y abraço el ama quãtos libros auia en el corral, y en toda la casa: y tales deuieron de arder, que merecian guardarse en perpetuos archivos, mas no lo permitio su suerte, y la pereza del escrutinador, y así se cumplio el refran en ellos, de que pagan a las vezes justos por pecadores. Vno de los remedios que el cura y el barbero dieron por entòces para el mal de su amigo, fue que le murassen, y tapiassen el aposento de los libros, porque quando se leuãtasse, no los hallasse: quiça quitado la causa, cesaria el efeto, y que dixessen que vn encantador se los auia llevado, y el aposento y todo, y así fue hecho con mucha presteza. De allí a dos dias se leuanto don Quixote: y lo primero que hizo fue a ver sus libros, y como no hallaua el aposento donde le

Primera parte de don

auia dexado, andaua de vna en otra parte buscando-
le. Llegaua adonde solia tener la puerta, y tentauala
con las manos, y boluia y reboluia los ojos por todo
sin dezir palabra: pero al cabo de vna buena pieça,
preguntò a su ama que hàzia que parte estaua el apo-
sento de sus libros. El ama que ya estaua bien aduer-
tida de lo que auia de responder, le dixo: Que apo-
sento, o q̄ nada busca vuestra merced, ya no ay apo-
sento, ni libros en esta casa, porq̄ todo se lo lleuò el
mesmo diablo. No era diablo replicò la sobrina, si-
no vn encantador que vino sobre vna nuue vna no-
che, despues del dia q̄ vuestra merced de aqui se par-
tio, y apeandose de vna sierpe en que venia caualle-
ro, entrò en el aposento, y no se lo que se hizo dètro,
que acabo de poca pieça salio bolando por el texa-
do, y dexò la casa llena de humo, y quando acorda-
mos a mirar lo que dexaua hecho, no vimos libro,
ni aposento alguno, solo se nos acuerda muy bien, a
mi y al ama, que al tiempo del partirse aquel mal
viejo, dixo en altas voces, que por enemistad secre-
ta que tenia al dueño de aquellos libros, y aposento,
dexaua hecho el daño en aquella casa que despues
se veria: dixo tambié que se llamaua el sabio Muña-
ton. Freston diria, dixo don Quixote. No se, respon-
diò el ama, si se llamaua Freston, o Friton, solo se q̄
acabò en ton su nombre. Assi es, dixo don Quixo-
te, que esse es vn sabio encantador grande enemigo
mio, que me tiene ojeriza, porque sabe por sus artes
y letras, que tengo de venir andando los tiem-
pos, a pelear en singular batalla con vn cauallero a
quien el fauorece, y le tengo de vencer, sin que el
lo pueda estoruar, y por esto procura hazerme to-
dos

dos los sinfaores que puede, y mandole yo, que mal podra el contradzir, ni euitar, lo que por el cie lo està ordenado. Quien duda de esto, dixo la sobrina, pero quien le mete a vuestra merced señor tio en estas pendencias, no se à mejor estar se pacifico en su casa, y no yrse por el mundo a buscar pan de trastrigo, sin considerar que muchos van por lana, y bueluen tresquilados. O sobrina mia, respondió don Quixote, y quan mal que estàs en la cuenta, primero que a mi me tresquilen, tendre peladas, y quitadas las baruas a quantos imaginaren tocarme en la punta de vn solo cabello. No quisieron las dos replicarle mas, por que vieron que se le encedia la colera. Es pues el caso, que el estuuo quize dias en casa muy sossegado, sin dar muestras de querer segudar sus primeros deuanos, en los quales dias pasò graciosissimos cuentos con sus dos compadres el cura, y el barbero: sobre que el dezia, que la cosa de que mas necesidad tenia el mundo, era de caualleros andantes, y de que en el se resucitasse la caualleria andantesca. El cura algunas vezes le contradzia, y otras concedia, porque sino guardaua este artificio, no auia poder averiguar se con el. En este tiempo solicitò don Quixote a vn labrador vezino suyo, hõbre de bié (si es q̄ este titulo se puede dar al q̄ es pobre), pero de muy poca sal en la mollera. En resoluciõ, tanto le dixo, tanto le persuadio, y prometio, q̄ el pobre villano se determinò de salirse con el, y servirle de escudero. Deziale entre otras cosas don Quixote, q̄ se dispusiesse a yr cõ el de buena gana, por que tal vez le podia suceder auentura, que ganasse en quitame alla estas pajas alguna Insula,
y le

Primera parte de don

y le dexasse a el por gouernador della. Cõ estas promessas, y otras tales, Sãcho Pança, que assi se llamaua el labrador, dexò su muger y hijos, y asentò por escudero de su vezino. Dio luego don Quixote orden en buscar dineros: y vendiendo vna cosa, y empenando otra, y malbaratandolas todas, llegò vna razonable cantidad. Acomodose assi mesmo de vna redela q̃ pidio prestada a vn su amigo, y pertrechado su rota zelada lo mejor que pudo, auisò a su escudero Sancho, del dia y la hora que pensaua ponerse en camino, para que el se acomodasse de lo que viesse que mas le era menester. Sobre todo le encargò que lleuasse alforjas, è dixo que si lleuaria, y que assi mesmo pensaua llevar vn asno que tenia muy bueno, porq̃ el no estaua duecho a andar mucho a pie. En lo del asno reparò vn poco don Quixote, y imaginando si se le acordaua si algun cauallero andante, auia traydo escudero cauallero asnalmente, pero nunca le vino alguno a la memoria: mas con todo esto determinò que le lleuasse, con presupuesto de acomodarle de mas honrada caualleria en auiendo ocasiõ para ello, quitandole el cauallo al primer descortes cauallero q̃ topasse. Proueyose de camisas, y de las demas cosas q̃ el pudo, conforme al consejo que el ventero le auia dado. Todo lo qual hecho, y cumplido, sin despedirse Pança de sus hijos, y muger, ni don Quixote de su ama, y sobrina, vna noche se salieron del lugar, sin que persona los viesse: en la qual caminaron tanto, que al amanecer se tuieron por seguros de que no los hallarian aunque los buscasen. Yua Sancho Pãça sobre su jumeto como vn Patriarca, con sus alforjas, y su bota, con mucho des-

seo-

seo de verse ya gouernador de la Insula que su amo le auia promcuido. Acerto don Quixote a tomar la misma derrota, y camino, que el que el auia tomado en su primer viaje, que fue por el campo de Montiel, por el qual caminaua con menos pesadumbre que la vez passada, porque por ser la hora de la mañana, y herirles a foslayo los rayos del sol, no les fatigauan. Dixo en esto Sancho Pança a su amo: Mire vuestra merced, señor cauallero andante, que no se le oluide lo que de la Insula me tiene prometido, que yo la sabre gouernar por grande que sea. A lo qual le respondió don Quixote: Has de saber amigo Sancho Pança, que fue costumbre muy usada de los caualleros andantes antiguos, hazer Gouernadores a sus escuderos, de las Insulas, o Reynos que ganauan, y yo tengo determinado, de que por mi no falte tan agradecida vsança, antes pienso auentajarme en ella, porque ellos algunas vezes, y qualça las mas, esperauan a que sus escuderos fuessen viejos, y ya despues de hartos de seruir, y de llevar malos dias, y peores noches, les dauan algun titulo de Conde, o por lo mucho de Marques, de algun Valle, o Prouincia de poco mas a menos: pero si tu viues, y yo vino, bien podria ser que antes de seys dias ganasse yo tal Reyno que ruiesse otros a el aderentes, que viniessen de molde para coronarte por Rey de vno dellos. Y no lo tengas a mucho, que cosas, y casos acontecen a los tales caualleros, por modos tan nunca vistos, ni pensados, que con facilidad te podria dar a vn mas de lo que te prometo. De essa manera, respondió Sancho Pança, si yo fuesse Rey por algun milagro

D

de los

Primera parte de don

de los que vuestra merced dize, por lo menos Iuana Gutierrez, mi oislo, vendria a ser Reyna, y mis hijos Infantes. Pues quien lo duda, respondió don Quixote. Yo lo dudo, replicò Sancho Pança, porque tengo para mi, que aunque llouiesse Dios Reynos sobre la tierra, ninguno assentaria bien sobre la cabeça de Mari Gutierrez. Sepa señor que no vale dos maruedis para Reyna, Condesa le caera mejor, y aun Dios, y ayuda. Encomiendalo tu a Dios Sancho, respondió don Quixote, que el darà lo que mas le conuenga; pero no apoques tu animo tanto que te vengas a contentar cò menos q̄ con ser Adelantado. No hare señor mio, respondió Sancho, y mas teniendo tan principal amo en vuestra merced, que me sabradar todo aquello que me estè bié, y yo pueda llevar.

Cap. VIII. Del buen successo que el valeroso don Quixote tuvo en la espantable, y jamas imaginada auentura de los molinos de viento, con otros successos dignos de felice recordacion.



Nesto descubrieron treinta, o quarenta molinos de viento que ay en aquel campo: y assi como don Quixote los vio, dixo a su escudero: La ventura va guiando nñas cosas mejor de lo q̄ acertamos a desfiar. Porque ves alli amigo Sancho Pança, donde se descubren treynta, o pocos mas desafortados Gigantes con quien piensa hazer batalla, y quitarles a todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos a enri-

a enriquecer, que esta es buena guerra, y es gran ser-
uicio de Dios, quitar tan mala simiente de sobre
la faz de la tierra. Que Gigantes, dixo Sancho Pan-
ça? Aquellos que alli ves, respondió su amo, de los
braços largos, que los suelen tener algunos de casi
dos leguas. Mire vuestra merced, respondió San-
cho, que aquellos que alli se parecen no son Gigan-
tes, sino molinos de viento, y lo que en ellos pare-
cen braços, son las aspas, que bolteadas del vuen-
to, hazen andar la piedra del molino. Bien pare-
ce, respondió don Quixote, que no estás cursado
en esto de las aventuras: ellos son Gigantes, y si tie-
nes miedo quitate de ahí, y ponte en oracion en el
espacio que yo voy a entrar có ellos en fiera, y des-
ygal batalla. Y diziendo esto, dio de espuelas a su ca-
uallo Rozinante, sin atender a las voces que su escu-
dero Sancho le daua, aduirtiendole que sin duda
alguna eran molinos de viento, y no Gigantes, aque-
llos que yua a acometer. Pero el yua tan puesto en
que eran Gigantes, que ni oia las voces de su escu-
dero Sancho, ni echaua de ver, aunque estaua ya
bien cerca lo que eran, antes yua diziendo en vo-
zes altas: Non fuyades cobardes y viles criaturas,
que vn solo cauallero es el que os acomete. Le-
uantose en esto vn poco de viento, y las grandes
aspas començaron a mouerse, lo qual vulto por
don Quixote, dixo: Pues aunque mouais mas
braços que los del Gigante Briareo, me lo auéis
de pagar. Y en diziendo esto, y encomendando-
se de todo coraçon a su señora Dulzinea, pidien-
dole que en tal trance le socorriese, bien cubier-
de su rodela, con la lança en el ristre, arremetio

Primera parte de don

a todo el galope de Rozinante, y enuistio con el primero molino que estaua delante, y dandole vna lançada en el aspa, la boluio el viento con tanta furia, que hizo la lança pedaços, lleuandose tras sí al cauallo, y al cavallero, que fue rodando muy mal trecho por el campo. Acudio Sancho Pança a socorrerle, a todo el correr de su asno: y quando llegó, hallò que no se podia menear: tal fue el golpe que dio con el Rozinante. Valame Dios, dixo Sancho, no le dixen yo a vuestra merced que mirasse bien lo que hazia, que no eran sino molinos de viento, y no lo podia ignorar, sino quien lleuasse otros tales en la cabeça. Calla amigo Sancho, respondió don Quixote. que las cosas de la guerra, mas que otras estã sujetas a continua mudança: quanto mas, que yo pienso, y es así verdad, que aquel sabio Freston que me robò el aposento, y los libros, ha buelto estos Gigantes en molinos, por quitarme la gloria de su vencimiento, tal es la enemistad q̄ me tiene, mas al cabo al cabo, han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada. Dios lo haga como puede, respondió Sancho Pança, y ayudandole a leuantar, tornò a subir sobre Rozinante, que medio despaldado estaua: y hablando en la passada auentura, siguieron el camino del puerto Lapice, porque allí dezia don Quixote, que no era posible dexar de hallarse muchas, y diuersas auenturas, por ser lugar muy passagero, sino que yua muy pesaroso por auerle faltado la lança, y diziendosele su escudero, le dixo: Yo me acuerdo auer leydo, que vn cauallero Español llamado Diego Perez de Vargas, auindosele
en

en vna batalla rota la espada, desgajò de vna enzina vn pesado ramo, o tronco, y con el hizo tales cosas aquel dia, y machacò tantos Moros, que le quedó por sobrenombre Machuca, y así el como sus descendientes, se llamaron desde aquel dia en adelante, Vargas, y Machuca. Hete dicho esto, porque de la primera enzina, o roble que se me depare, pienso desgajar otro tronco, tal y tã buenocomo aquel, que me imagino y pienso hazer con el tales hazañas, q̄rute tengas por bien afortunado, de auer merecido venir a vellas, y a ser testigo de cosas q̄ apenas podrá ser creydas. A la mano de Dios, dixo Sancho, y lo creo todo así como vuestra merced lo dize, pero enderecese vn poco, que parece que va de medio lado, y deue de ser del molimiento de la cayda. Así es la verdad, respondió don Quixote, y sino me queixo del dolor, es porque no es dado a los caualleros andantes, queixarse de herida alguna, aúque se le salgan las tripas por ella. Si esso es así, no tengo yo q̄ replicar, respondió Sancho, pero sabe Dios si yo me holgara que vuestra merced se quejara quãdo alguna cosa le doliera. De mi se dezir, que me he de quejar del mas pequeño dolor que tãga, si ya no se entiende tambien, con los escuderos de los caualleros andantes esso del no quejarse. No se dexò de reyr don Quixote, de la simplicidad de su escudero, y así le declarò que podia muy bien quejarse, como y quando quisiese sin gana, o cõ ella, que hasta entõces no auia leydo cosa en contrario en la orden de caualleria. Dixole Sancho, que mirasse que era hora de comer, respondiòle su amo, que por entonces no le hazia menester, que comiesse el quando se le

Primera parte de dor

antojasse. Con esta licencia se acomodò Sancho lo mejor que pudo sobre su jumento, y sacando de las alforjas lo que en ellas auia puesto, yua caminando y comiendo detras de su amo muy de su espacio, y de quando en quando empinaua la bota con tanto gusto, que le pudiera embidiar el mas regalado bodegnero de Malaga. Y en tãto que el yua de aquella manera menudeando tragos, no se le acordaua de ninguna promessa que su amo le huuiesse hecho, ni tenia por ningun trabajo, sino por mucho descanso, andar buscando las aventuras por peligrosas que fuessen. En resolucion, aquella noche la pasaron entre vnos arboles: y del vno dellos desgaçò don Quixote vn ramo seco, que casi le podia seruir de lança, y puso en el el hierro que quitò de la que se le auia quebrado. Toda aquella noche no durmio don Quixote, pensando en su señora Dulzinea, por acomodarse a lo que auia leydo en sus libros, quando los caualleros passauan sin dormir muchas noches en las florestas, y despoblados, entretenidos con las memorias de sus señoras. No la passò ansi Sancho Pança, que como tenia el estomago lleno, y no de agua de chicoria, de vn sueño se la lleuò toda, y no fueran parte para despertarle (si su amo no lo llamara) los rayos del sol que le dauan en el rostro, ni el canto de las aues, que muchas, y muy regozijadamente la venida del nueuo dia saludauan. Al leuantarse dio vn tiento a la bota, y hallola algo mas flaca que la noche antes, y affligiosele el coraçon, por parecerle que no lleuauan camino de remediar tan presto su falta. No quiso desayunarse don Quixote, porque como està dicho

cho, dio en sustentarse de sabrosas memorias. Tornaron a su començado camino del puerto Lapice, y a obra de las tres del dia le descubrieron. Aqui (dixo en viendole don Quixote) podemos hermano Sancho Pança meter las manos hasta los codos, en esto que llaman aventuras. Mas advierte, que aunque me veas en los mayores peligros del mundo, no has de poner mano a tu espada para defenderme, si ya no vieres que los que me ofendē, es canalla, y gente baxa, que en tal caso bien puedes ayudarme: pero si fueren caualleros, en ninguna manera te es licito, ni concedido por las leyes de caualleria que me ayudes, hasta que seas armado cauallero. Porcierto señor, respondió Sancho, que vuestra merced sea muy bien obedecido en esto, y mas, q̄ yo de mio me soy pacifico, y enemigo de meterme en ruydos, ni pendencias: bien es verdad, q̄ en lo q̄ tocare a defender mi persona, no tendre mucha cuēta con estas leyes, pues las diuinas y humanas permitē q̄ cada vno se defienda de quien quisiere agruiarle. No digo yo menos, respondió dō Quixote: pero en esto de ayudarme cōtra caualleros, has de tenera ya ya tus naturales impetus. Digo q̄ asì lo hare, respondió Sancho, y q̄ guardarè esse preceto, tãbien como el dia del Domingo. Estãdo en estas razones, asomaron por el camino dos frayles de la ordē de S. Benito, caualleros sobre dos Dromedarios, q̄ no erã mas pequeñas dos mulas en q̄ venian. Traian sus antojos de camino, y sus quitasoles. Detras dellos venia vn coche, con quatro, o cinco de acavallo que le acompañauan, y dos moços de mulas a pie. Venia en el cōche, como despues se supo, vna señora Vizcayna,

Primera parte de don

que yua a Seuilla donde estaua su marido, que passaua a las Indias con vn muy honroso cargo. No venian los frayles cō ella, aunque yuan el mesmo camino: mas apenas los diuisó don Quixote, quando dixo a su escudero: O yo me engaño, o esta ha de ser la mas famosa auentura que se aya visto, porque aquellos bultos negros que alli parecen, deuen de ser, y son sin duda algunos encantadores que lleuan hurtada alguna Princesa en aquel coche, y es menester deshazer este tuerto a todo mi poderio. Peor será esto que los molinos de viento, dixo Sancho: Mire señor, que aquellos son frayles de san Benito, y el coche deue de ser de alguna gēte passagera. Mire que digo, que mire bien lo que haze, no sea el diablo q̄ le engañe. Ya te he dicho Sancho, respondió don Quixote, que sabes poco de achaque de auenturas, lo que yo digo es verdad, y agora lo veras: y diziendo esto se adelantò, y se puso en la mitad del camino por donde los frayles venian, y en llegando tan cerca, que a el le parecio que le podriã oyr lo que dixesse, en alta voz dixo: Gente endiablada, y descomunal, dexad luego al punto las altas Princesas que en esse coche lleuays forçadas, sino aparejaos a recibir presta muerte, por justo castigo de vuestras malas obras. Detuieron los frayles las riendas, y quedaron admirados, assi de la figura de don Quixote, como de sus razones, a las quales respondieron: Señor cauallero, nosotros no somos endiablados, ni descomunales, sino dos religiosos de S. Benito que vamos nuestro camino, y no sabemos si en este coche vienen o no; ningunas forçadas Princesas. Para conmigo no ay palabras blandas, q̄ ya yo os conozco
femen-

fementida canalla, dixo don Quixote, y sin esperar mas respuesta picò a Rozinante, y la lãça baxa arremetio contra el primero frayle, con tãta furia y denuedo, que si el frayle no se dexara caer de la mula, el le hiziera venir al suelo mal de su grado, y aũ mal ferido, sino cayera muerto. El segundo religioso q̄ vio del modo que tratauan a su compañero, puso piernas al castillo de su buena mula, y començò a correr por aquella campaña mas ligero que el mesmo viento. Sancho Pança, que vio en el suelo al frayle, apeandose ligeramente de su asno, arremetio a el, y le començò a quitar los habitos. Llegaro en esto dos moços de los frayles, y preguntaronle que porque le desnudaua: respondiòles Sancho, que aquello le tocaua a el ligitimamente, como despojos de la batalla que su señor don Quixote auia ganado. Los Moços que no sabian de burlas, ni entendian aquello de despojos, ni batallas, viendo que ya don Quixote estaua desuiado de alli, hablando con las que en el coche venian, arremetieron con Sancho, y dieron con el en el suelo, y sin dexarle pelo en las barbas, le molieron a cozes, y le dexaron tendido en el suelo, sin aliento, ni sentido, y sin detenerse vn pũto, tornò a subir el frayle, todo temeroso, y acobardado, y sin color en el rostro: y quãdo se vio acauallo, picò tras su compañero, que vn buen espacio de alli le estaua aguardando, y esperando en q̄ paraua aquel sobrefalto, y sin querer aguardar el fin de todo aquel començado suceso, siguieron su camino, hazien dose mas cruces que si lleuaran al diablo a las espaldas. Don Quixote estaua, como se ha dicho, hablando con la señora del coche, diziendole: La vuestra

Dy; fermo

Primera parte de don

fermosura señora mia, puede fazer de su persona lo que mas le viniere en talante, porque ya la soberbia de vuestros robadores yaze por el suelo derribada por este mi fuerte brazo. y porque no pençys por saber el nombre de vuestro libertador, sabed que yo me llamo don Quixote de la Mancha, cauallero andante, y auenturero, y cautiuo de la sin par y hermosa doña Dulzinea del Toboso, y en pago del beneficio que de mi auçys recebido, no quiero otra cosa, sino que boluays al Totoboso, y que de mi parte os presenteyys ante esta señora, y le digays lo que por vuestra libertad he fecho. Todo esto que don Quixote dezia, escuchaua vn escudero de los que el coche acompañauan, que era Vizcayno, el qual viendo que no queria dexar passar el coche adelante, sino que dezia que luego auia de dar la buelta al Toboso, se fue para don Quixote, y asiendole de la lança le dixo en mala lengua Castellana, y peor Vizcayna desta manera: Anda cauallero que mal andes, por el Dios que criome, que sino dexas coche, assi te matas como estas ahi Vizcayno. Entendiole muy bien don Quixote, y con mucho fosiiego le respondió: Si fueras cauallero como no lo eres, ya yo huuiera castigado tu sandez, y atreuimiento cautiuo criatura. A lo qual replicò el Vizcayno: Yo no cauallero: luro a Dios tan mientes como Christiano. Si lança a rojas, y espada sacas, el agua quan presto veras que al gato lleuas: Vizcayno por tierra, hidalgo por mar, hidalgo por el diablo, y mientes, que mira si otra dizes cosa. Aora lo veredes dixo agrages, respondió don Quixote, y a rojando la lança en el suelo, sacò su espada, y em-
braçò

braçò su rodela, y arremetiò al Vizcayno, con determinacion de quitarle la vida. El Vizcayno que así le vio venir, aunque quisiera apearse de la mula, que por ser de las malas de alquiler, no auia que fiar en ella, no pudo hazer otra cosa, sino sacar su espada: pero auinole bien, que se hallò junto al coche, de donde pudo tomar vna almohada que le sirvió de escudo, y luego se fueron el vno para el otro, como si fueran dos mortales enemigos. La demas gente quisiera ponerlos en paz, mas no pudo, porque dezia el Vizcayno en sus maltrauadas razones, que sino le dexauan acabar su batalla, que el mismo auia de matar a su ama, y a toda la gente que se lo estoruasse. La señora del coche, admirada, y temerosa de lo que veia, hizo al cochero que se desuiaſse de alli algun poco, y desde lexos se puso a mirar la rigurosa contienda. En el discurso de la qual, dio el Vizcayno vna gran cuchillada a don Quixote encima de vn ombro por encima de la rodela, que a darſela sin defenſa le abriera hasta la cintura. Don Quixote, que sintio la pesadumbre de aquel desaforado golpe, dio vna gran voz, diciendo: O señora de mi alma Dulzinea, flor de la fermosura, socorred a este vuestro cauallero, que por satisfacer a la vuestra muchabondad en este riguroso trance se halla. El dezir esto, y el apretar la espada, y el cubrirle bien de su rodela, y el arremeter al Vizcayno, todo fue en vn tiempo, lleuandò determinacion de aventurarſe todo a la de vn gol solo. El Vizcayno que así le vio venir contra el, bien entendio por su demuedo su coraje, y determinò de hazer lo mesmo que don Quixote: y así le aguardò bien cubierto de su

Primera parte de don

de su almohada, sin poder rodear la mula a vna, ni a otra parte, que ya de puro cansada, y no hecha a semejantes niñerías, no podia dar vn passo. Venia pues, como se ha dicho, don Quixote contra el cauto Vizcayno, con la espada en alto, con determinacion de abrirle por medio, y el Vizcayno le aguardaua ansí mesmo, leuantada la espada, y aforrado con su almohada, y todos los circunstantes estauan temerosos, y colgados de lo que auia de suceder de aquellos tamaños golpes con que se amenazauan, y la señora del coche, y las demas criadas suyas, estauã haziendo mil votos, y ofrecimientos a todas las imagenes, y casas de deuocion de España, porque Dios librasse a su escudero, y a ellas, de aquel tan grande peligro en que se hallauan. Pero està el daño de todo esto, que en este punto, y termino, dexa pendiente el autor desta historia esta batalla, disculpandose, que no hallò mas escrito destas hazañas de don Quixote, de las que dexa referidas. Bien es verdad, que el segundo autor desta obra, no quiso creer que tan curiosa historia estuiesse entregada a las leyes del oluido, ni que huuiessen sido tan poco curiosos los ingenios de la Mancha, que no tuuiessen en sus archivos, o en sus escritorios, algunos papeles que deste famoso cauallero tratassen, y assí con esta imaginacion, no se desesperò de hallar el fin desta apazible historia. el qual siendole el cielo favorable, le hallò del modo que se coatarã en la segunda parte.



SEGUNDA PARTE
DEL INGENIOSO
hidalgo don Quixote de la
Mancha.

*Cap. I X. Donde se concluye y da fin a la
estupenda batalla que el gallardo Viz-
cayno, y el valiente Manchego tuvierõ.*



DE X A M O S En la prime-
ra parte desta historia, al va-
leroso Vizcayno, y al famo-
so don Quixote, con las espa-
das altas, y desnudas, en guisa
de descargar dos furibundos
sedientes, tales que si en lleno
se acertauan; por lo menos se
diuidiriã, y fenderiã de arriba
a baxo y abririã como vna granada, y q̄ en aquel pũ-
to tan dudoso parò, y quedo destroncada tan sabrosa
historia, sin que nos diesse noticia su autor donde se
podria hallar lo q̄ della faltaua. Causome esto mu-
cha pesadumbre, por q̄ el gusto de auer leydo tan po-
co se boluia en disgusto, de pensar el mal camino
que se ofrecia, para hallar lo mucho q̄ a mi parecer
fal.

Segunda parte de don

faltaua de tan sabroso cuento. Pareciome cosa imposible, y fuera de toda buena costumbre, que a tã buen cauallero le huuiesse faltado algun sabio que tomara a cargo el escreuir sus nunca vistas hazañas, cosa q̄ no faltò a ninguno de los caualleros andãtes, de los que dizen las gentes que van a sus aventuras, porque cada vno dellos tenia, vno, o dos sabios como de molde, que no solamente escriuiã sus hechos, sino que pintauan sus mas minimos pensamientos, y niñerías, por mas escondidas que fuesen. Y no auia de ser tan desdichado tan buen cauallero, q̄ le faltasse a el lo que sobró a Platir, y a otros semejantes. Y assi no podia inclinarme a creer q̄ tan gallarda historia huuiesse quedado manca, y estropeada, y echaua la culpa a la malignidad del tiempo, deuorador, y cósumidor de todas las cosas: el qual, o la tenia oculta, o consumida. Por otra parte me parecia, q̄ pues entre sus libros se auian hallado tan modernos como Defengaño de zelos, y Ninfas y pastores de Henares, que tambien su historia deuia de ser moderna, y q̄ ya que no estuiesse escrita, estaria en la memoria de la gente de su aldea, y de las a ella circunuezinas. Esta imaginacion me traía confuso, y desseoso de saber real, y verdaderamente, toda la vida y milagros de nuestro famoso Español don Quixote de la Mancha, luz, y espejo de la caualleria Manchega, y el primero que en nuestra edad, y en estos tan calamitosos tiempos se puso al trabajo, y exercicio de las andantes armas, y al desfazer agrauios, socorrer viudas, amparar donzellas, de aquellas que andauan con sus açotes, y palafrenes, y con toda su virginidad acuestas, de monte en monte, y de valle

en va-

en valle: Que si no era que algun follon, o algun villano de acha, y capellina, o algun descomunal Gigante las forçava. Donzella huuo en los passados tiempos, que al cabo de ochenta años, que en todos ellos no durmio vn dia debaxo de tejado, y se fue tã entera a la sepultura como la madre q̃ la auia parãdo. Digo pues, que por estos, y otros muchos respetos, es digno nuestro gallardo Quixote, de cõtinuas y memorables alabanças, y aun a mi no se me deuen negar, por el trabajo, y diligencia que puse, en buscar el fin desta agradable historia. Aunque bien se, que si el cielo, el caso, y la fortuna no me ayudan, el mundo quedará fãlto, y sin el passatiempo, y gusto, q̃ bien casi dos horas podra tener el que con atencion la leyere. Passò pues el hallarla en esta manera.

Estando yo vndia en el Alcana de Toledo, llegò vn muchacho a vender vnos cartapacios, y papeles viejos a vn sedero, y como yo soy aficionado a leer, aunque sean los papeles rotos de las calles, llevado desta mi natural inclinacion, tomè vn cartapacio de los que el muchacho vendia, y vile con caracteres que conosci ser Arauigos. Y puesto que aunque los conocia, no los sabia leer, anduue mirando si parecia por alli algun Morisco Aljamiado que los leyese: y no fue muy dificulioso hallar interprete semejante, pues aunque le buscara de otra mejor, y mas antigua lengua le hallara. En fin la suerte me deparò vno, que diziendole mi desseo, y poniendole el libro en las manos le abrio por medio, y leyendo vn poco en el, se començò a reyr. Preguntele yo, que de que se reya? y respondiome, que de vna cosa que tenia aquel libro escrita
en el

Segunda parte de don

en el margen por anotació. Dixele que me la dixesse, y el sin dexar la rifa, dixo: Está, como he dicho, aqui en el margé escrito esto. Esta Dulzinea del Toboso, tantas vezes en esta historia referida, dizé que tuuo la mejor mano para salar puercos, que otra muger de toda la Mancha. Quando yo ohi dezir. Dulzinea del Toboso, quedè aronito, y suspenso, porque luego se me representò que aquellos cartapacios contenian la historia de don Quixote. Con esta imaginacion, le di priessa que leyesse el principio, y haziendolo así, boluiendo de improuiso el Arauigo en Castellano, dixo que dezia: Historia de don Quixote de la Mancha, escrita por Cide Hamete Benengeli historiador Arauigo. Mucha discrecion fue menester, para disimular el contèto que recebi quando llegò a mis oydos el titulo del libro: y faltandosele al federo, comprè al muchacho todos los papeles, y cartapacios por medio real: que si el tuuiera discrecion, y supiera lo que yo los desseaua, bien se pudiera prometer, y llevar mas de seys reales de la compra. Aparteme luego con el Morisco por el claustro de la iglesia mayor, y roguete me boluiesse aquellos cartapacios, todos los que tratauan de don Quixote, en lengua Castellana, sin quitarles, ni añadirles nada, ofreciéndole la paga que el quisiesse. Contètofe có dos arrobas de pallas, y dos fanegas de trigo, y prometo de traduzirlos bien, y fielmente, y có mucha breuedad. Pero yo por facilitar mas el negocio, y por no dexar de la mano tan buen hallazgò, le truxe a mi casa, donde en poco mas de mes y medio, la traduxo toda, del mismo modo que aqui se refiere. Estaua en el primero cartapacio pintada
muy

muy al natural la batalla de don Quixote con el Vizcayno, puestos en la mesma postura que la historia cuenta, leuantadas las espadas, el vno cubierro de su rodela, el otro de la almohada: y la mula del Vizcayno tan al viuo, que estaua mostrádo ser de alquiler a tiro de ballesta. Tenia a los pies escrito el Vizcayno vn titulo que dezia, Dó Sancho de Azpetia, que sin duda deuia de ser su nombre, y a los pies de Rozinante estaua otro que dezia, Dó Quixote. Estaua Rozinante maravillosamente pintado, tan largo, y rendido, tan atenuado, y flaco, con tanto espinazo, tã etico confirmado, que mostraua bien al descubierro con quanta aduertécia, y propiedad se le auia puesto el nombre de Rozinante. Junto a el estaua Sancho Pança, que tenia del cabestro a su asno: a los pies del qual estaua otro retulo que dezia, Sancho Çancas, y deuia de ser, que tenia a lo que mostraua la pintura: la barriga grande, el talle corto, y las çancas largas, y por esto se le deuio de poner nombre de Pança, y de çancas, que con estos dos sobrenombres le llama algunas vezes la historia. Otras algunas menudencias auia que aduertir, pero todas son de poca importancia, y que no hazen al caso a la verdadera relación de la historia, que ninguna es mala como sea verdadera. Si a esta se le puede poner alguna objecion cerca de su verdad, no podra ser otra, sino auer sido su autor Arauigo, siendo muy propio de los de aquella nacion ser mentirósos: aunque por ser tan nuestros enemigos, antes se puede entender auer quedado falto en ella que demasiado. Y ansi me parece a mi, pues quando pudiera, y deuiera estender la pluma, en las alabanças de tan bué cauallero,

E pare-

Segunda parte de don

parece que de industria las passa en silencio. Cosa mal hecha, y peor pensada, auiendo, y deuiendo ser los historiadores puntuales, verdaderos, y no nada apasionados, y que ni el interes, ni el miedo, el rancor, ni la aficion, no les hagan torcer del camino de la verdad, cuya madre es la historia emula del tiempo, deposito de las acciones, testigo de lo pasado, exemplo, y auiso de lo presente, aduertencia de lo por venir. En esta se que se hallarà todo lo q se acertare a desear en la mas apazible: y si algo bueno en ella faltare, para mi tengo, que fue por culpa del galgo de su autor, antes que por falta del sujeto. En fin su segunda parte, siguiendo la traduccion, començaua desta manera.

Puestas, y leuantadas en alto las cortadoras espadas de los dos valerosos y enojados combatientes, no parecia sino que estauan amenazando al cielo, a la tierra, y al abisino, tal era el denuedo y continente que tenian. Y el primero que fue a descargar el golpe, fue el colerico Vizcayno: el qual fue dado con tanta fuerça, y tanta furia, que a no boluersele la espada en el camino, aquel solo golpe fuera bastante para dar fin a su rigurosa contienda y a todas las auéturas de nuestro cauallero, mas la buena suerte que para mayores cosas le tenia guardado, torciò la espada de su contrario, de modo, que aunque le acertò en el hombro yzquierdo, no le hizo otro daño que desarmarle todo aquel lado, lleuandole de camino gran parte de la zelada, con la mitad de la oreja, que todo ello con espantosa ruyna vino al suelo, dexandole muy maltrecho. Valame Dios, y quien serà aquel que buenamente pueda contar
aora

hora, la rabia que entró en el coraçon de nuestro Manchego, viendose parar de aquella manera. No se diga mas, sino que fue de manera, que se alçò de nuevo en los estribos, y apretando mas la espada en las dos manos, con tal furia descargò sobre el Vizcayno, acertandole de lleno sobre la almohada, y sobre la cabeça, que sin ser parte tan buena defensa, como si cayera sobre el vna montaña, començo a echar sangre por las narizes, y por la boca, y por los oydos, y a dar muestras de caer de la mula abaxo, de donde cayera sin duda, sino se abraçara cò el cuello: pero con todo esso sacò los pies de los estribos, y luego soltò los braços, y la mula espàrada del terrible golpe, dio a correr por el cãpo, y a pocos corcobos dio con su dueño en tierra. Estauafelo con mucho sosiego mirando don Quixote: y como lo vio caer, saltò de su cauallo, y con mucha ligereza se llegó a el, y poniendole la pñta de la espada en los ojos, le dixo que se rindiesse, sino que le cortaria la cabeça. Estaua el Vizcayno tan turbado, que no podia responder palabra, y el lo passara mal, segun estaua ciego don Quixote, si las señoras del coche, q̄ hasta entonces cò gran desmayo auian mirado la pendencia, no fueran a donde estaua, y le pidieran con mucho encarecimiento, les hiziesse tan gran merced, y fauor, de perdonar la vida a aquel su escudero. A lo qual don Quixote respodio, con mucho entono, y grauedad: Por cierto fermosas señoras, yò soy muy contento de hazer lo que me pedis, mas ha de ser con vna condicion y concierto, y es que este cauallero me ha de prometer de yr al lugar del Toboso, y presentarse de mi parte

Segunda parte de don

ante la simpár doña Dulzinea, para que ella haga del lo que mas fuere de su voluntad. La temerosa, y des-cólolada señora, sin entrar en cuenta de lo que don Quixote pedia, y sin preguntar quien Dulzinea fuese, le prometieron q̄ el escudero haria todo aquello que de su parte le fuesse mandado. Pues en fe de esta palabra, yo no le hare mas daño, puesto que me lo tenia bien mercedo.

Cap. X. De lo que mas le auino a don Quixote con el Vizcayno, y del peligro en que se vio con vna curba de langüeses.

Y A en este tiempo se auia leuantado Sancho Pança, algo maltratado de los moços de los frayles, y auia estado atento a la batalla de su señor don Quixote, y rogaua a Dios en su coraçon, fuesse seruido de darle vitoria, y que en ella ganasse alguna Insula de donde le hiziesse Governador, como se lo auia prometido. Viendo pues ya acabada la pendencia, y que su amo boluia a subir sobre Rozinante, llegò a tenerle el estribo: y antes que subiesse se hincò de rodillas delante del, y asiendole dela mano se la besò, y le dixo: Sea v̄ra merced seruido, señor dō Quixote mio, de darme el gouerno dela Insula q̄ en esta rigurosa pendencia se ha ganado, q̄ por gr̄de q̄ sea, yo me siento cò fuerças de saberla gouernar, tal, y tan bien, como otro q̄ aya gouernado Insulas en el mundo. A lo qual respondio don Quixote, aduertid hermano Sancho, q̄ esta auentura, y la a esta semejantes,
no

no son aventuras de Insulas, sino de encruzijadas, en las quales no se gana otra cosa q̄ sacar rota la cabeza, o vna oreja menos. Tened paciencia, que aventuras se ofreceran donde no solamente os pueda hazer Governador, sino mas adelante. Agradeciofe-lo mucho Sancho, y besandole otra vez la mano, y la falda de la loriga, le ayudò a subir sobre Rozinante, y el subiò sobre su asno, y començò a seguir a su señor, q̄ a passo tirado, sin despedirse, ni hablar mas con las del coche, se entrò por vn bosque que alli junto estaua. Seguiale Sancho, a todo el trote de su yumento: pero caminaua tanto Rozinante, q̄ vièdo-se quedar atras, le fue forçoso dar voces a su amo q̄ se aguardasse. Hizolo assi dò Quixote, teniendo las riendas a Rozinante, hasta que llegasse su cansado escudero, el qual en llegando le dixo: Pareceme señor, q̄ seria acertado yrnos a retraer a alguna Iglesia, que segun quedò mal trecho aquel con quien os cõbatistes, no serà mucho que den noticia del caso a la santa Hermandad, y nos prendan: Y a fè que si lo hazen, que primero que salgamos de la carcel, que nos ha de sudar el hopo. Calla, dixo don Quixote, y donde has visto tu, o leydo jamas, que cauallero andàte aya sido puesto ante la justicia por mas homicidios que huuiesse cometido. Yo no se nada de omecillos, respondió Sancho, ni en mi vida le catè a ninguno: solo se que la santa Hermandad tiene que ver con los que pelean en el campo, y en effotro no me entremeto. Pues no tengas pena amigo, respondió don Quixote, que yo te sacarè de las manos de los Caldeos, quanto mas de las de la Hermandad. Pero dime por tu vida, has visto mas vale-

Segunda parte de don

roso cauallero, que yo en todo lo descubierto de la tierra? Has leydo en historias otro que tenga, ni aya tenido mas brio en acometer, mas aliento en el perseuerar, mas destreza en el herir, ni mas maña en el derribar? La verdad sea, respondió Sancho, que yo no he leydo ninguna historia jamas, porque ni se leer, ni escreuir: mas lo que osaré apostar, es, q̄ mas atreuido amo que vuestra merced, y o no le he seruido en todos los dias de mi vida, y quiera Dios que estos atreuientos no se paguen donde tengo dicho. Lo que le ruego a vuestra merced, es que se cure, que le va mucha sangre de essa oreja, que aqui traygo hilas, y vn poco de vnguento blanco en las alforjas. Todo esso fuerabien escusado, respondió don Quixote, si a mi se me acordara de hazer vna redoma del balfamo de Fierabras, q̄ con sola vna gota, se ahorraran tiempo, y medizinas. Que redoma, y que balfamo es esse, dixo Sancho Pança? Es vn balfamo, respondió don Quixote, de quien tengo la receta en la memoria, con el qual no ay que tener temor a la muerte, ni ay pensar morir de ferida alguna. Y así, quando yo le haga, y te le de, no tienes mas que hazer, sino que quando vieres que en alguna batalla me han partido por medio del cuerpo (como muchas vezes suele acontecer): bonitamente la parte del cuerpo que huviere caydo en el suelo, y con mucha sotiliza, antes que la sangre se yele, la pondras sobre la otra mitad q̄ quedare en la silla, aduirtiēdo de encaxallo y igualmente, y al justo. Luego me daràs a beuer solos dos tragos del balfamo que he dicho, y verasmes quedar mas sano q̄ vna mançana. Si esso ay, dixo Pança,

yo tenuncio desde aqui el gouierno de la prometida Infula, y no quiero otra cosa en pago de mis muchos, y buenos seruicios, sino que vuestra merced me de la receta de esse estremado licor, que para mi tengo q̄ valdra la onça adonde quiera, mas de a dos reales, y no he menester yo mas, para passar esta vida honrada, y descansadaméte. Pero es de saber agora, si tiene mucha costa el hazelle? Cò menos de tres reales se pueden hazer tres azumbres, respòdio dè Quixote. Pecador de mi, replicò Sancho, pues a q̄ aguarda vuestra merced a hazelle, y a enseñarmelle? Calla amigo, respondió don Quixote, q̄ mayores secretos pienlo enseñarte, y mayores mercedes hazerte: y por agora curemonos, q̄ la oreja me duele mas de lo q̄ yo quisiera. Sacò Sancho de las alforjas hilas y vnguento. Mas quãdo don Quixote llegó a ver rota su zelada, pèfò perder el juyzio, y puesta là mano en la espada, y alçando los ojos al cielo, dixo: Yo hago juramento al Criador de todas las cosas, y a los santos quatro Euangelios, donde mas largaméte està escritos, de hazer la vida q̄ hizo el grãde Marques de Mantua, quando jurò de vengar la muerte de su sobrino Valdouinos, q̄ fue de no comer pã a mãteles, ni con su muger folgar, y otras cosas que aunque dellas no me acuerda, las doy aqui por exprefadas, hasta tomar entera vengança del que tal desaguifado me fizo. Oyendo esto Sancho, le dixo: Aduierta vuestra merced, señor dò Quixote, q̄ si el cauallero cumpliò lo q̄ se le dexò ordenado, de yase a presentar ante mi señora Dulzinea del Toboso, y aura cúplido con lo q̄ deuia, y no merece otra pena, sino comete nueuo delito. Has hablado, y apuntado

Segunda parte de don

muy bien, respondió don Quixote, y así anuló el juramento, en quanto lo que toca a tomar del nueva vengança: pero hagole, y confirmole de nuevo, de hazer la vida que he dicho, hasta tanto que quite por fuerça otra zelada, tal, y tan buena como esta a algùn cauallero. Y no pienses Sancho, que así a humo de pajas hago esto, que bien tengo a quien imitar en ello, que esto mesmo pasó al pie de la letra sobre el yelmo de Mambrino, que tan caro le costó a Sacripante. Que dé al diablo vuestra merced tales juramentos, señor mio, replicó Sancho, que son muy en daño de la salud, y muy en perjuyzio de la conciencia: Sino digame aora, si a caso en muchos dias no topamos hombre armado con zelada, que hemos de hazer, hase de cumplir el juraméto a despecho de tantos inconuenientes, e incomodidades, como será el dormir vestido, y el no dormir en poblado, y otras mil penitencias que contenia el juraméto de aquel loco viejo del Marques de Mantua, q̄ vuestra merced quiere reualidar aora? Mire vuestra merced bien, que por todos estos caminos no andan hombres armados, sino harrieros, y carreteros, q̄ no solo no traen zeladas, pero quiçá no las han oydo nõbrar en todos los dias de su vida. Engañaste en esso, dixo don Quixote, porque no auremos estado dos horas por estas encruzijadas, quando veamos mas armados que los que vinierõ sobre Albraca, a la conquista de Angelica la Bella. Alto pues, sea así, dixo Sancho, y a Dios prazga que nos suceda bien, y que se llegue ya el tiempo de ganar esta Insula que tan cara me cuesta, y muerame yo luego. Ya te he dicho Sancho, que no te de esso cuydado alguno, q̄ quando
falta-

CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

LA PRESENTE EDICION, REPRODUCIDA IDÉNTICA Y FIELMENTE

POR LA

FOTOGRAFÍA É IMPRENTA

DE LA PRIMERA QUE DIÓ Á LUZ EN 1605 EL INMORTAL CERVANTES

y de la cual solo se conocen dos ejemplares, propiedad del

LA ACADEMIA ESPAÑOLA Y LA BIBLIOTECA NACIONAL,
CONSTARÁ

de 1248 páginas, fotografiadas é impresas

CON TODO LUJO, QUE FORMARAN DOS VOLÚMENES (1.^a y 2.^a parte.)

SE PUBLICARÁ

UNA ENTREGA MENSUAL

de 48 páginas.—Toda la obra 26 Entregas.

PRECIO DE CADA ENTREGA EN MADRID Y PROVINCIAS

20 Rs. vn. (5 Pesetas.)—En el extranjero, 6 Francos.

Se pagará una entrega adelantada, á cuyo fin la primera entrega se hará en dos repartos, que solo constarán de 24 páginas.

Al final de cada tomo recibirán los suscritores, como regalo, los apéndices de notas y aclaraciones escritas por el Excmo. Sr. D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

La asociacion propagadora de la primera edicion del QUIJOTE, deseando que esta obra importantísima, que varias corporaciones literarias han tenido el sentimiento de no poder realizar por falta de medios, pueda llevarse á término, confia en la cooperacion de cuantas personas se interesen por el concepto literario y artístico de España.

A este fin ha acordado lo siguiente:

«Tendrán ingreso en la Asociacion cuantos procuren la propagacion de ejemplares se recompensará su celo con una medalla conmemorativa de la obra, en la que se grabará el nombre del asociado.

LA MEDALLA SERÁ

DE METAL BLANCO. Por cada tres ejemplares.
DE BRONCE. Por cada diez id.
DE PLATA. Por cada veinte id.

Acompaña á esta obra un Apéndice de notas y aclaraciones sobre el QUIJOTE escritas por dicho Sr. HARTZENBUSCH, DIRECTOR DE LA BIBLIOTECA NACIONAL, y dos portadas en colores que serán la expresion del mayor adelanto alcanzado por la Imprenta en la época actual.

Cada trimestre se publicará (gratis para los suscritores) un

BOLETIN DEL QUIJOTE

con los escritos que sobre esta obra se publiquen en la prensa y las listas de asociados y suscritores, etc.

Imp. de Ramirez y C.^a—1871.